

---

# 1

## LA NUEVA EVANGELIZACIÓN: UN DESAFÍO PASTORAL, TEOLÓGICO Y ESPIRITUAL

---

CARDENAL WALTER KASPER

**E**L tema de la nueva evangelización me interesa vivamente desde mis años de obispo: para mí se convirtió, por así decir, en el hilo conductor de la década durante la que desempeñé las tareas episcopales, y desde entonces nunca me ha abandonado. En mi opinión, este tema constituye en la actualidad el principal objetivo pastoral.

### a) La nueva evangelización como desafío pastoral

Mi época de estudiante de secundaria coincidió con los primeros años de posguerra. Poco a poco me fui involucrando en el movimiento de jóvenes (*Jugendbewegung*) a la sazón existente en la Iglesia. En aquel entonces reinaba una cierta excitación. Nos entusiasmábamos por el movimiento litúrgico, el movimiento bíblico y el incipiente movimiento ecuménico. Los templos se llenaban. La cifra de participantes en las celebraciones litúrgicas superaba el cincuenta por ciento. Pero ya cuando en 1957 me convertí en joven vicario parroquial en Stuttgart, en un tiempo en el que aún nadie siquiera soñaba con un concilio, me percaté de que la realidad comenzaba a desmoronarse por doquier y de que sobre todo el trabajo con jóvenes resultaba cada vez más difícil. De ahí que sea sencillamente falso que solo después del

Concilio o incluso a resultas de él comenzara el declive y estallara la crisis. Las causas de la crisis se remontan mucho más atrás en el tiempo y son también mucho más profundas.

Cuando en 1989 fui nombrado obispo de una diócesis grande y heterogénea, la crisis era ya manifiesta. Es cierto que me encontré con una diócesis viva con parroquias vivas y numerosas comunidades vivas. En las múltiples visitas que realizaba a las parroquias, los templos estaban siempre llenos. Pero si durante la misa perdía por un instante el recogimiento y miraba a la asamblea, no podía evitar preguntarme: ¿dónde están los niños? ¿Y los jóvenes? Involuntariamente me asaltaba la pregunta: ¿cómo serán las cosas cuando, dentro de diez o veinte años, un obispo vuelva a visitar esta parroquia? El templo no podrá estar lleno entonces. Desde aquellas fechas hasta hoy, el problema se ha agudizado. Gracias al generoso compromiso, acontecen, sin duda, muchas cosas buenas; sería injusto no sentirnos agradecidos por ello. Pero al mismo tiempo sería ingenuo pasar por alto que en nuestra sociedad y en toda Europa el «nivel freático» religioso-ecclesial ha tocado fondo. Si el porcentaje de asistentes a misa estaba en 1950 en torno al cincuenta por ciento, en la actualidad ronda el trece por ciento. Celebramos más entierros que bautizos. No existe solo escasez de sacerdotes, algo que ya de por sí es suficientemente grave; también hay escasez de comunidades o, si se quiere, escasez de cristianos. Nuestro número no crece, cada vez somos menos —y la tendencia es al alza o, para ser más exactos, a la baja.

Es cierto que hace ya tiempo que en Alemania los católicos no somos minoría. Pero en la actualidad un tercio de la población de este país no pertenece ya a ninguna de las dos grandes Iglesias (la católica y la protestante o luterano-reformada). Nuestra sociedad ha devenido plural y secularizada. Europa corre peligro de convertirse en un continente poscristiano. En Europa no parece haber sitio ya para Dios. No deberíamos buscar las causas solo —ni tampoco en primer lugar— en los otros. Los cristianos nos hemos debilitado. Nosotros mismos somos el problema, no los musulmanes. No debemos dejarnos engañar por grandes actos como las visitas papales y las celebraciones pontificias en la

plaza de San Pedro, ni por las Jornadas Mundiales de la Juventud, las Jornadas Cristianas y Católicas de Alemania (los famosos *Kirchentage* y *Katholikentage*), los encuentros de Taizé y similares. Estos actos nos muestran que en nuestra sociedad todavía hay muchas personas, también muchos jóvenes, que se dejan interpelar, que preguntan con franqueza, que buscan. Pero por muy grato que resulte el gran número de personas que se congregan en ellas, tales concentraciones no reflejan la realidad diaria de la Iglesia. Debemos habituarnos a la idea: en la actualidad, una época toca ya a su fin. Se trata de un proceso doloroso en el que hay que despedirse de mucho de aquello con lo que estábamos familiarizados. Cambios de marea semejantes se han producido sin cesar a lo largo de la historia de la Iglesia, por ejemplo, en la época de la Reforma o con ocasión del final de la antigua Iglesia imperial a comienzos del siglo XIX, cuando en Alemania incluso diócesis tan antiguas como Colonia o Maguncia dejaron de existir, todo estaba por los suelos y tuvo que ser reconstruido desde cero. Fue entonces cuando surgió el actual sistema de diócesis y parroquias, de asociaciones eclesiales y activas congregaciones de monjas. Esta época, que principió en los albores del siglo XIX y que se prolonga hasta mediados del siglo XX, hasta el concilio Vaticano II, está llegando hoy a su doloroso final.

¿A qué se debe este hecho? Cuando habló sobre los «signos de los tiempos» hace cuarenta y cinco años, el Concilio, en la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, pronosticó un profundo cambio histórico: «El género humano se halla hoy en un periodo nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero» (GS 4). El Concilio vio en el ateísmo uno de los hechos más graves de este tiempo (cf. GS 19). Hoy no se trata ya en general de un ateísmo ideológico. La época de las grandes ideologías ha concluido; lo que permanece es un indiferentismo religioso mucho más peligroso: «No creo en nada, ni falta que me hace».

Sin embargo, no podemos simplificar el análisis y construir una historia de decadencia moderna. Hay que evitar tales tópicos, así como toda simplificadora imagen en blanco y negro, o

sea, sin matices. Nuestra situación es compleja, multiestratificada e inabarcable. Es cierto que existe la secularización, esto es, la expulsión de Dios del espacio público, un exclusivista pensamiento racional-instrumental-técnico orientado en cuestiones prácticas al éxito económico y al consumo; y nadie negará que existen el relativismo y el indiferentismo, e incluso un nuevo ateísmo agresivo. Pero también se constata un renovado interés por la espiritualidad, así como un abrumador altruismo con ocasión de catástrofes naturales; en nuestras parroquias podemos encontrar grandes dosis de buena voluntad, y hay asimismo muchas más personas que podrían calificarse de buscadoras y peregrinas de las que a menudo nos imaginamos. Con frecuencia, su decepción con la Iglesia no responde tanto a una falta de sensibilidad por lo religioso de su parte, sino a que en esa institución muchas veces reciben piedras en lugar de pan espiritual.

Así pues, la situación no es desesperada. Pero lo nuevo no llega por sí solo. Debemos comprender el momento en que nos encontramos, aceptarlo y, desde él, configurar activamente el futuro. La Iglesia entera debe hacer un esfuerzo. Hablando bíblicamente, hemos de aceptar y configurar el momento presente como *kairós*, como tiempo que nos es dado por Dios. Entonces, la crisis en el actual sentido negativo de la palabra puede convertirse en una crisis en el originario sentido griego del término: un tiempo de cambio radical, de transición.

¿Qué hemos de hacer? Añorar lo antiguo no nos ayuda a avanzar. Tapar las lagunas y administrar las carencias conforme al lema: «Sigamos sencillamente como estamos», tampoco es una solución razonable. La utopía —o también ideología— de la pequeña grey se queda asimismo demasiado corta. Pues no solo la palabra «misión», sino también «crecer» desempeña un papel fundamental en el Nuevo Testamento. Al fin y al cabo, el camino de la restauración, la marcha atrás respecto del Concilio no es una alternativa razonable. La crisis no comenzó con el Concilio, sino mucho antes. Si hoy nos limitáramos a ejercitarnos en el rol de involucionistas y pretendiéramos regresar a la supuesta edad de oro anterior al Concilio, no haríamos sino encontrarnos de nuevo con las causas más profundas de la crisis.

Entonces, ¿qué? Mi respuesta, que me ha llevado al programa de la nueva evangelización, parte esencialmente de una doble experiencia. Por una parte está el discurso pronunciado por el papa Juan XXIII en 1962 con ocasión de la apertura del concilio Vaticano II. El papa previno entonces contra los falsos profetas de la decadencia, que piensan que en la actualidad todo va de mal en peor. El papa aseguró que no compartía esa opinión; habló de un salto hacia delante, *balzo in avanti*, y de la aurora de una nueva época. Hoy algunos consideran esto un romanticismo ingenuo y poco realista. Pero el buen papa Juan era un buen cristiano y contraponía al realismo de los supuestamente realistas un realismo muy distinto, el de la esperanza cristiana. El Vaticano II encauzó el futuro. Yo mismo, como muchos otros, viví el Concilio con entusiasmo y grandes esperanzas. Tales esperanzas —esto hemos de reconocerlo con franqueza— no se cumplieron en la forma que imaginábamos. Ello no quiere decir que el Concilio fuera traicionado por cualesquiera oscuros poderes en Roma ni que se tratara de una gran equivocación (*Täuschung*) que necesariamente debía llevar a la decepción (*Enttäuschung*). Pero donde sí estuvo el error fue en pensar que ya solo con el Concilio y las reformas posconciliares dejaríamos atrás la crisis y podríamos arreglárnoslas de modo nuevo en la Iglesia posconciliar. Ahora nos damos cuenta de que la realización de todo aquello —en lenguaje teológico, la recepción del Concilio— es un proceso largo, difícil y complejo. A lo largo de la historia de la Iglesia, las épocas posconciliares siempre han sido tiempos sumamente controvertidos.

La actual disputa intraeclesial no afecta al Concilio en cuanto tal; también en Roma se sabe, por supuesto, que no es posible dar marcha atrás respecto del Vaticano II. Se trata más bien de la correcta interpretación de este. La pregunta es: ¿de qué manera se puede entender este Concilio en continuidad con la tradición anterior y con todos los concilios previos, de suerte que no constituya una ruptura y una innovación, sino una renovación de la tradición, que siempre es una tradición viva? En el sentido de una tal renovación, el Concilio representa para mí la

«carta magna» para el camino hacia el futuro del siglo XXI. Pero será un camino largo.

Como segundo estímulo y como brújula, por así decir, para este camino acogí la exhortación apostólica del papa Pablo VI sobre la tarea de la evangelización, la *Evangelii nuntiandi* (1975). A la sazón, la crisis posconciliar, que estalló en especial después de 1968, estaba en su apogeo. A estas alturas no se puede hablar ya de ingenuidad. En aquella situación tan apurada escribe el papa: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (*Evangelii nuntiandi* 14). Esta exhortación apostólica no pasó desapercibida; antes al contrario, hizo historia, sobre todo en Latinoamérica y en el Tercer Mundo. Más tarde, el papa Juan Pablo II, con la energía y la fuerza visionaria que le caracterizaban, elevó a programa la nueva evangelización de Europa. Desde entonces, la evangelización se ha convertido en una consigna eclesial. El Sínodo mundial de obispos de 2012 la retomará una vez más. En Alemania, la exhortación apostólica de Pablo VI, desgraciadamente no hay más remedio que decirlo, pasó al principio sin pena ni gloria. Lo cual no deja de ser sorprendente por cuanto entre nosotros ya durante la Segunda Guerra Mundial e inmediatamente después de ella hubo espíritus despiertos que supieron percatarse de la necesidad de una nueva evangelización: por parte protestante, Dietrich Bonhoeffer y, por parte católica, Alfred Delp, ambos ejecutados por los nazis. En las primeras Jornadas Católicas (*Katholikentag*) celebradas después de la guerra en Maguncia en 1948, al hilo del tema: «El cristiano ante las necesidades de su época», se habló asimismo de Alemania como país de misión. Pero entre nosotros en Occidente primero se produjo la restauración del antiguo statu quo. Nos acomodamos, nos acomodamos demasiado, con un exceso de autosatisfacción. Ahora nos damos cuenta de que hemos perdido impulso y el motor traquetea.

En el año 2000, la Conferencia Episcopal Alemana, con la orientación pastoral *Tiempo para sembrar: ser Iglesia misionera* (*Zeit zur Aussaat. Missionarisch Kirche sein*), hizo suyo el tema de la nueva misión o nueva evangelización. Pero en la actualidad este impulso se ha perdido en los debates sobre cambios estructurales y medidas de ahorro –necesarios pero todo menos capaces

de suscitar entusiasmo— y ahora ya del todo a causa de la pesadilla que representan los escándalos de abusos a menores. Sin un nuevo arranque, sin un nuevo salto hacia delante, *balzo in avanti*, seguiremos yendo cuesta abajo en vez de hacia arriba. Todo comienzo resulta costoso, también cuando se trata de un nuevo comienzo. Y este no es posible sin una radical reorientación del pensamiento. Para recuperar una perspectiva de futuro, absolutamente necesaria, debemos preguntarnos: ¿no nos hemos acomodado quizá demasiado en nuestras parroquias y comunidades? ¿No giramos demasiado en torno a nosotros mismos? ¿Existe entre nosotros pasión misionera, esto es, voluntad de crecer en vez de disminuir? ¿Nos interesan realmente los otros, los que están fuera? ¿Tenemos todavía el valor de interpelar a los demás en lo relativo a la fe, o es que ya no estamos tan convencidos de nuestra causa y, por eso, quizá no arriesgamos nada? Cuando leí la exhortación apostólica de Pablo VI, pensé: ¡Esto es! ¡Evangelizar: en eso consiste el mensaje de Jesús! ¡Tal es el espíritu del apóstol Pablo! ¡Esto es lo que necesitamos hoy! Ciertamente, esto también quiere decir: ¡para avanzar, debemos retornar a los orígenes! El salto hacia delante no es un viaje sorpresa. No se trata de perseguir una utopía cualquiera. Es cuestión de regresar a las fuentes, de retornar a los orígenes, al Evangelio. O como propuso el papa Juan Pablo II en el Año Jubilar 2000 como programa para el tercer milenio: se trata de un *ripartire da Cristo*, de comenzar de nuevo desde Cristo. Justo este era también el programa de Francisco de Asís. Al papa Inocencio III, quien soñaba que la Basílica Laterana se derrumbaba, le pidió poder vivir conforme al Evangelio. Con ello, Francisco salvó en aquel entonces a la Iglesia del derrumbamiento.

## b) La nueva evangelización como desafío teológico

*Ripartire da Cristo* significa que la nueva evangelización no es en primer lugar una cuestión de nuevos métodos —como, por ejemplo, el empleo de nuevos medios de comunicación social y nuevas técnicas— o la aplicación de nuevas perspectivas sociológicas,

psicológicas y pedagógicas. Todo eso puede ser, qué duda cabe, beneficioso, útil e incluso necesario. Pero «método» deriva del griego *mét-hodos*, camino hacia una meta. Por consiguiente, primero hay que conocer la meta, para luego poder determinar el camino más adecuado para llegar a ella. De ahí que primero debemos preguntarnos: ¿qué significa propiamente «evangelio»?

¿Qué significa «nueva evangelización»? La pregunta pastoral por la nueva evangelización deviene así un desafío teológico.

«Evangelización» es una palabra reciente que designa una realidad antigua. Con este término nos encontramos sobre lo distintivamente bíblico, sobre primitiva roca bíblica. Ya en los profetas veterotestamentarios y en los salmos, la palabra «evangelio» designa un mensaje de consuelo, esperanza y alegría. En una situación sin salida desde el punto de vista humano, puesto que Israel vivía en el exilio en Babilonia y las promesas dadas a los padres parecían haberse revelado vanas, el profeta Isaías anuncia el evangelio, esto es, la buena nueva de que el tiempo de desgracia ha terminado y ya despunta un tiempo de salvación. El profeta proclama que Dios ha tomado en sus manos el destino del pueblo y le está dando un giro favorable. Humanamente considerado, este mensaje no era creíble. Asegura que, tratándose de Dios, es posible la esperanza contra toda esperanza (Is 40,9; 52,7; cf. Sal 40,10; 68,12; etc.).

¡Así pues, el evangelio es un mensaje contrafáctico que invierte la visión y el curso normales de las cosas y exige una transformación radical de la mentalidad, un cambio radical de rumbo! No es resultado del cálculo, la planificación y el quehacer humanos, ni fruto de la evolución natural y el progreso histórico, sino promesa de la acción de Dios, que tiene poder sobre la historia y no es derivable de modo intramundano. Por lo que concierne al contenido, el evangelio es el mensaje de la llegada de la salvación mesiánica como reino de la paz, la justicia y la vida (Is 9,1-6; 35; 49,9-50,3; 60; etc.). En un mundo desquiciado, se trata de la promesa de una paz universal (*shalom*) y de un orden nuevo y justo.

Este mensaje encuentra su consumación en Jesucristo. Se trata de nuevo de una situación sin salida desde el punto de vista



humano, una situación en la que el pueblo había sido dejado en la estacada por sus propios líderes y vivía bajo la ocupación de poderes extranjeros; la gente había empobrecido y era explotada. En esta situación, Jesús retoma las expectativas proféticas y proclama: «Hoy se ha cumplido la Escritura» (Lc 4,20). Lucas define la misión de Jesús con las palabras del profeta Isaías (Is 61,1s) como *evangelizare pauperibus*, anunciar a los pobres la buena noticia (Lc 4,18). El evangelista Marcos sintetiza como sigue el mensaje de Jesús: «Jesús se dirigió a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: “Se ha cumplido el plazo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio”» (Mc 1,14s).

Este evangelio no podemos manejarlo a nuestro antojo. Nosotros no podemos causar el reino de Dios ni forzar su llegada por medio de la violencia. Es don de Dios. Pero también tarea del ser humano. No llega por encima de las cabezas y los corazones de las personas. Dios nos ha creado y se toma en serio nuestra libertad. Así, el Evangelio de Jesús no es una cómoda almohada<sup>1</sup> ni un consuelo barato. Nos libera para que ejerzamos nuestra libertad y la pongamos al servicio de Dios y de los demás. En consecuencia afirma Marcos: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15). «Conversión» significa cambio radical de rumbo en la orientación global de la vida.

Los relatos sinópticos de sanación muestran que en los milagros que Jesús lleva a cabo con enfermos y personas sufrientes de todo tipo se cumple anticipadamente la promesa del Evangelio. Así, en los sinópticos, «reino de Dios» y «vida» son términos intercambiables (Mc 9,43.45; 10,17; Lc 18,18). Las bienaventuranzas del Sermón de la montaña ponen de manifiesto, sin embargo, que tal cumplimiento tiene carácter paradójico. En contra de toda expectativa humana normal, los bienaventurados no son los ricos, los felices y los poderosos, sino los pobres, los que lloran y los perseguidos (Mt 5,3-12; Lc 6,20-26). Desde un punto de vista humano, esto es una locura, un tras-tocamiento.

---

1. Alusión al texto del coro final de la Pasión según San Mateo de Johann Sebastian Bach [N. del Traductor].

Lo realmente escandaloso fue que Jesús vinculara el Evangelio de la venida de Dios a su propia venida. Con él y a través de él viene Dios al mundo. A la pregunta de los discípulos de Juan: «¿Eres tú el que había de venir o tenemos que esperar a otro?», responde citando las promesas proféticas y reclamando para sí el cumplimiento de las mismas (Is 26,19; 29,18; 35,5s). Y luego añade: «¡Y dichoso el que no tropieza por mi causa!» (Mt 11,2-6; Lc 7,18-23). La venida de Dios y la salvación universal se cumplen en esta persona concreta, que procede de la insignificante aldea de Nazaret (Jn 1,46). Él es el reino de Dios en persona (*autobasileía*). Como afirma a modo de recapitulación el cuarto evangelio, él es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Así, el anuncio del Evangelio del reino de Dios se transformó después de la Pascua en el Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios (Mc 1,1; Rm 1,9; 2 Co 2,12; 9,13; etc.). Pues, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, demostró Dios definitivamente su supremacía sobre los poderes del mal y la muerte. Así, en el Nuevo Testamento el Evangelio deviene el Evangelio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (en especial, 1

Co 15,1-5). La resurrección de Jesucristo es el fundamento de nuestra esperanza. «Evangelio de Jesucristo» tiene un doble significado: por una parte, Evangelio de Jesucristo, de su muerte y resurrección (*genitivus obiectivus*) y, por otra, Evangelio en el que Jesucristo, a través del Espíritu Santo, se hace salvíficamente presente en la Iglesia y en el mundo como Señor exaltado, comunicándose a sí mismo (*genitivus subiectivus*). Por consiguiente, en el anuncio del Evangelio, Jesucristo es no solo objeto, sino el verdadero sujeto. Él es el actor principal y el auténtico promotor de la evangelización. En esta se anuncia y se comunica él mismo. Durante su visita a Alemania en 2006, el papa Benedicto XVI afirmó:

«Sea como fuere, evangelizar no significa solo enseñar una doctrina, sino anunciar al Señor Jesús con palabras y hechos, esto es, convertirse en instrumento de su presencia y acción en el mundo».

Para ello, Jesús toma a su servicio a determinadas personas. Ya durante su actividad terrena, Jesús envió a sus discípulos a anunciar el Evangelio del venidero reino de Dios (Mt 10,7; Lc

9,2.6; 10,9.11). El Resucitado amplía el mandato de anunciar el

reino al mandato: «Id a hacer discípulos entre todos los pueblos, bautizadlos consagrándolos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo» (Mt 28,19). En el apéndice de Marcos, Jesús encarga a sus discípulos anunciar el Evangelio a toda criatura (Mc 16,15). Sobre todo Pablo tiene conciencia de sí mismo como apóstol elegido para anunciar el Evangelio (Rm 1,1.9; 1 Co 1,17).

Según la Biblia, tal evangelización solo es posible en «la fuerza de lo alto», esto es, en la fuerza del Espíritu Santo (Lc 24,27-29; Hch 1,8). Solo una vez que el Espíritu de Pentecostés los llena de valor y fortaleza los discípulos se atreven a salir del cenáculo, donde atemorizados se habían escondido, y anunciar a Jesús como el Mesías nombrado por Dios (Hch 2). Según los Hechos de los Apóstoles, también en adelante guiará el Espíritu Santo la misión. Él es el que una y otra vez abre nuevas puertas (Hch 16,6-8; 2 Co 2,12).

Solo una Iglesia colmada del Espíritu Santo es capaz de misionar. Pero una Iglesia movida por el Espíritu de Dios no puede por menos de salir de sí misma y dar testimonio del Evangelio al mundo entero. Su preocupación nunca puede limitarse a su propia conservación y al mantenimiento del statu quo. ¡Una Iglesia que dejara de tener presente el mandato de evangelizar y no sintiera el impulso de hacerlo no sería ya la Iglesia de Jesucristo! La Iglesia es misionera por naturaleza (cf. AG 2). Así, tradición tiene un doble significado. Por una parte, es tradición material, el contenido que es transmitido, *id quod traditur*; y por otra, transmisión viva, por medio de la cual se comunica dicho contenido: *id quo traditur*. El contenido de la tradición únicamente nos resulta accesible a través del proceso de su transmisión. Ello significa que la fe en el anuncio tiene que ser revitalizada y actualizada sin cesar. La tradición debe ser entendida como tradición viva. La fidelidad a la fe transmitida no consiste en limitarse a repetirla; antes bien, hay que hacerla valer en el Espíritu Santo de forma siempre nueva, joven y fresca.

Con ello, tras la elucidación de lo que significan las palabras «evangelio» y «evangelización», hemos llegado ya a la nueva evangelización. «Nueva evangelización» no hace referencia a un evangelio nuevo y a la última, ni a un evangelio acomodado

a

nuestra época. El Evangelio nunca se amolda ni resulta cómodo. Siempre es escandaloso, siempre desentona. Pablo es absolutamente claro a este respecto. En la Carta a los Gálatas afirma de forma inequívoca: no puede ni debe haber ningún evangelio distinto del anunciado, ningún nuevo evangelio. Quien anuncie un evangelio distinto, aun cuando se trate de un ángel venido del cielo, sea maldito (Ga 1,9). La Iglesia no puede dejarse llevar por el viento que sopla en cada momento ni hacer depender su mensaje de las rápidamente cambiantes modas. Más bien debe ser roca en medio del oleaje, faro en la noche y en la niebla. ¡Hablamos de «nueva evangelización», porque hoy debemos proclamar el mensaje permanente del Evangelio en una situación nueva! En su encíclica sobre la misión, *Redemptoris missio* (1990), el papa Juan Pablo II distingue tres situaciones: la situación de la misión primera (*missio ad gentes*), que se da allí donde el Evangelio aún no es conocido; la normal situación de la cura de almas, que es propia de lugares donde la Iglesia vive en comunidades y posee estructuras sólidas; y, por último, la nueva evangelización en países de antigua tradición cristiana en los que grupos enteros de bautizados han perdido la fe viva, no se entienden ya a sí mismos como miembros de la Iglesia y se han alejado de Cristo y del Evangelio (*Redemptoris missio* 33).

La nueva evangelización persigue hacer valer de nuevo el mensaje cristiano —que fue el que convirtió a Europa en lo que es, pero que hoy corre peligro de ser olvidado por esta misma Europa—, introduciéndolo de forma nueva y estructuradora en las controversias de la época. Con esto no se pretende llevar a cabo campañas de reconquista ni recuperar modelos históricamente superados, como, por ejemplo, el del Occidente cristiano. Se trata de volver a abrir la fe en el hoy para el mañana y, con la renovación de la vida cristiana, ser levadura para la renovación de Europa y el mundo. La nueva evangelización es, por tanto, la respuesta cristiana a una nueva situación.

En ese empeño no podemos partir de un análisis de demanda y preguntarnos: en el mundo actual, ¿dónde hay sitio para el mensaje del Evangelio? ¿Dónde se nos reclama todavía en cuanto Iglesia? Quien elige este punto de partida ya ha perdido, pues somete

el Evangelio a criterios ajenos a él. Cuando se procede así, para el mensaje solo queda, en el mejor de los casos, un lugar en los márgenes y en las situaciones límite, pero no en medio de la vida y del mundo. Por eso, nosotros partimos de la convicción de fe de que la pregunta por Dios está escrita en el corazón de toda persona (cf. Rm 2,14s). Estamos convencidos de que el Evangelio de Jesucristo como Sabiduría de Dios es capaz de persuadir por sí mismo, de que puede revelarse como luz del mundo y de la vida y mostrar a las personas de buena voluntad una manera de superar la situación sin salida en la que nos encontramos.

Pero aun cuando hablemos con imaginación, con corazón y de forma razonable, no debemos aferrarnos a la ilusión de que en el futuro podrá existir una relación armoniosa, una síntesis de Iglesia y cultura, de fe y saber. Tampoco en el pasado ha existido semejante armonía: en este mundo, no puede darse por principio. El Evangelio siempre desentona, y también en el futuro los poderes hostiles a él alzarán la cabeza y le opondrán enconada resistencia. No debemos envanecernos de que podríamos hacer las cosas mejor que Jesús, que al final fue clavado en la cruz y solo así allanó el camino hacia la Pascua. La nueva evangelización no puede efectuarse sin conflictos, como tampoco pudo evitarlos la antigua evangelización. No debemos temer al conflicto ni eludirlo. La evangelización siempre se lleva a cabo bajo el signo de la cruz, y únicamente pasando por la cruz es posible la esperanza en la nueva vida de la Pascua.

### c) La nueva evangelización como desafío espiritual

Tras estas consideraciones relativas a los principios, regresemos a las preguntas concretas. Luego de los desafíos pastorales expuestos en la primera parte de la presente reflexión y de los desafíos teológicos analizados en la segunda parte, en esta tercera parte vamos a hablar de la nueva evangelización en cuanto desafío espiritual. Así pues, no se trata de recetas. Ni de acciones, nuevas estructuras, ampliaciones de plantilla o medios económicos adicionales, ni tampoco de crear comisiones u organizar congresos.

El cambio y la crisis son demasiado profundos como para pensar que podrían ser superados por medio de esta o aquella reforma. La opinión de que bastaría con abolir el celibato o, en el otro extremo, con utilizar más el latín en la misa y reintroducir la comunión con la boca en sustitución de la comunión en la mano no puede sino ser calificada de perdidamente ingenua. No quiero discutir sobre si lo uno o lo otro no podría ser razonable. Ninguna de estas suficientemente conocidas exigencias de reforma nos ayuda a avanzar en lo esencial. Aferrarse a ellas y pelearse al respecto no es sino una suerte de mirarse el ombligo la gente de Iglesia enterada que únicamente sirve para impedir que se planteen los verdaderos problemas. Pues lo importante no es esta o aquella reforma, sino el conjunto. Lo que importa es el Evangelio del Dios que se ha manifestado en Jesucristo para salvación nuestra y del mundo. Se trata de hablar de Dios y de Jesucristo de forma nueva, interpelante y enardecedora, de modo que las personas se sientan conmovidas y afectadas en su corazón y en su vida, el mundo sea transformado y la Iglesia vuelva a convertirse en hogar para muchos que se interrogan y buscan. O dicho de manera más sencilla: se trata de suscitar de nuevo fe, esperanza y amor. Esto constituye un desafío espiritual. En lo que sigue no puedo más que sugerir taquígraficamente, por así decir, algunos puntos.

Se trata, como ya se ha dicho, de la pregunta por Dios. El problema no es demostrar que Dios existe. Lo decisivo es descubrir el misterio de Dios en el mundo y en nuestra vida. Karl Rahner llamó a esto «mistagogía», o sea, iniciación al misterio. Igualmente se podría decir: la nueva evangelización es ante todo una escuela de oración. También en la actualidad existen más personas de las que pensamos que, como los discípulos de Jesús, suplican: «¡Señor, enséñanos a orar!» (Lc 11,1). El atractivo y la calidad de nuestras celebraciones litúrgicas dependen ante todo de que en ellas resplandezca y resulte experimentable algo de la dimensión del misterio de Dios. La *actuosa participatio*, la activa participación de todos de la que habla el Concilio y que este convirtió en motivo principal de la renovación litúrgica, no comporta solo la participación exterior en el culto y el canto ni tampoco la mera distribución de funciones, sino ante todo la parti-

cipación interior en el acontecimiento sagrado a través de la oración y la adoración. Lo que cuenta es Dios, así como el entusiasmo y la pasión por él, la complacencia en él; en todo ello estriba nuestra fortaleza (cf. Neh 8,10).

Se trata, en segundo lugar, del Dios que en Jesucristo se ha manifestado de una vez por todas como un Dios amigo de los hombres. La nueva evangelización quiere llevarnos hacia Jesucristo, iniciarnos en el seguimiento de Cristo, invitarnos a la amistad con él. Los amigos quieren conocerse e intercambiar experiencias. Los seres humanos deseamos conocer aquello que amamos. Como rabí, o sea, como maestro, Cristo aleccionó literalmente a sus discípulos. Aquí radica uno de los puntos débiles de la Iglesia actual. Ya no conocemos a Jesucristo ni estamos familiarizados con los rudimentos de nuestra fe. Nos hemos convertido en analfabetos religiosos, por lo que necesitamos ser alfabetizados de nuevo en la fe. «Nueva evangelización» significa también escuela de fe, una nueva forma de doctrina cristiana. Solo puede ser cristiano adulto aquel a quien no se le llena la boca y, sin embargo, es capaz de abrirla para decir qué es lo importante en la fe. Debemos recuperar la capacidad de expresarnos. Esto es un desafío para el anuncio y, en especial, para la catequesis como una iniciación sistemática, realista e integral a la fe para niños, jóvenes y adultos. Es un deber sagrado de obispos y párrocos y el secreto del éxito de todo misionero. Pero ¿dónde se lleva a cabo hoy la catequesis? En la clase de religión de la escuela, bajo las condiciones actuales, en gran medida eso ya no es posible; la catequesis parroquial se la confiamos la mayoría de las veces a personas sin duda bien dispuestas, más aún, inmejorablemente dispuestas, pero carentes de la formación necesaria para ello. En la catequesis de confirmación, más que iniciar a los jóvenes en la fe, les hacemos señas para que circulen y pasen de largo. Pregunto: *quousque tandem?*, ¿cuánto tiempo puede continuar funcionando bien esto?

Y en tercer y último lugar: la fe no es nunca solo mi fe, sino una fe común. El credo no comenzaba originariamente con «creo», sino con «creemos». Cuando «creo», me uno a la fe del «nosotros» de la Iglesia de todos los siglos y continentes, soy sos-



tenido por ese «nosotros» y lo prolongo. La nueva evangelización no quiere fundar una nueva Iglesia, pero sí propiciar una nueva clase de Iglesia. Este es un tema muy amplio que incluye los problemas estructurales, hoy los más discutidos, aunque, por desgracia, la mayoría de las veces de forma muy unilateral. Aquí no puedo ocuparme de ello. Me circunscribo a un único aspecto: ser una nueva clase de Iglesia misionera.

Sé que la misión no tiene en la actualidad buen cartel. Muchos piensan que la misión contraviene la tolerancia y el respeto debidos a las convicciones de los demás. Otros confunden misión con colonialismo y proselitismo o con una suerte de impunidad, tal como la que encontramos en algunos movimientos y sectas evangelistas. De hecho, no todo lo que estas llevan a cabo debe y puede ser imitado. Pero el mandato de la misión nos ha sido instado tan claramente por Jesús y por el entero Nuevo Testamento que no podemos por menos de afirmar: la Iglesia, o es misionera o deja de ser Iglesia. A nuestro catolicismo de comisiones y reuniones hay que recordarle que Jesús no dijo: «Sentaos y celebrad una reunión», sino: «Levantaos y salid al mundo». La fe crece al ser transmitida. Quien no quiere crecer merma y termina extinguiéndose. Solo lo que crece está vivo. Sin misión no existe futuro para la Iglesia. Por eso, lo que pide el momento actual es la renovación misionera de las comunidades, ya que el estilo de Iglesia oficial hasta ahora vigente ha llegado a su fin. La misión, tal como hoy la entendemos, no es en primer lugar un movimiento Norte-Sur ni un movimiento Oeste-Este hacia los llamados países de misión. Eso también lo es, sin duda. Pero hoy se habla de misión en los cinco continentes y, por consiguiente, de nuestro país y de Europa como tierra asimismo de misión. No se trata de una nueva clase de cruzadas ni de ambiciosas estrategias ni de acciones extraordinarias. Antes de nada se trata sencillamente de ser atractivos y convincentes como cristianos, como parroquia y como Iglesia en la vida diaria cristiana y eclesial: por medio del anuncio y la catequesis vivos, la renovada conciencia del bautismo, la liturgia celebrada con viveza y profundo respeto, la participación corresponsable de los laicos en la vida de la comunidad, el vivido testimonio de fe en el día a día.

En las últimas semanas y meses hemos perdido en gran medida esta credibilidad, y tardaremos algún tiempo en recuperarla.

Que esto es posible me lo han mostrado algunas visitas realizadas a Estados Unidos tanto durante la crisis allí vivida como después de ella. Los estadounidenses no se lamentan tanto como nosotros, tienen un imperturbable optimismo, de todo en todo religiosamente fundado. A pesar de los escándalos, el número de seminaristas se ha duplicado en algunas diócesis y el número de conversiones y bautismos de adultos muestra una tendencia al alza. No hay razón para andar cabizbajos. Lo fundamental es que volvamos a alegrarnos en nuestra fe y de que estemos convencidos de que la fe es una luz y una fuerza. Es un regalo que pide ser transmitido. De lo que abunda en el corazón habla la boca. Dicho bíblicamente: se trata de ser testigos (*mártires*) de la fe. El testigo no solo habla con la boca, sino con la vida entera; y está dispuesto a que este testimonio, si es necesario, le cueste algo, en el caso extremo incluso la vida. Semejantes situaciones martiriales extremas no han existido únicamente en el siglo I; también se han dado en una escala hasta entonces desconocida en el siglo XX, y aún hoy forman parte de la cotidianidad cristiana en muchos lugares del mundo. A la vista de tales realidades, nuestro lamento resulta en cierto modo extraño. Además del primordial testimonio diario, pueden y deben realizarse acciones extraordinarias. No pienso únicamente en grandes eventos aislados, que por regla general no tardan en desvanecerse. De efecto más persistente fueron en el pasado, a partir del concilio de Trento, en todas las parroquias las misiones populares periódicas y más tarde las misiones territoriales o zonales (*Gebietsmissionen*). Después del concilio Vaticano II, tales misiones fueron sustituidas en gran medida por la renovación de las comunidades. Una y otra forma de actuación no se excluyen mutuamente. Pero la renovación comunitaria, que se dirige a los miembros activos de la comunidad, no puede reemplazar a las antiguas misiones populares. Pues, más allá de la renovación de la fe y la vida de los miembros practicantes de la comunidad, se plantea la doble tarea de recuperar a quienes en su día formaban parte de la comunidad, mas luego se distanciaron de ella, y de ganar por primera

vez a quienes nunca han tenido relación con la Iglesia. Por desgracia, esto se ha perdido de vista. Recientemente vuelve a oírse hablar de grandes misiones urbanas —por ejemplo, en Lisboa, París, Budapest, Viena o Ratisbona— y del éxito que las acompaña.

Semejante trabajo misionero no nos lleva a codearnos con movimiento sectarios; más bien nos encontramos en distinguida compañía católica. Pues no es la primera vez en la historia que se lanza una nueva evangelización. En tiempos difíciles siempre la ha habido: Bernardo de Claraval († 1179) desencadenó con sus homilías una ola de entusiasmo en toda Europa; Francisco de Asís († 1226) salvó a la Iglesia con sus homilías penitenciales; después de la crisis ocasionada por la Reforma, Pedro Canisio († 1597) se distinguió como segundo apóstol de Alemania; Felipe Neri († 1595), con su alegre y desenfadado apostolado en las calles y con los golfillos, es considerado el segundo apóstol de Roma; Alfonso María de Ligorio († 1787) fundó la congregación de los redentoristas, cuya principal tarea eran las misiones populares; Vicente Pallotti († 1850) fue uno de los primeros en fomentar el apostolado de los laicos; Juan María Vianney († 1859), el cura de Ars, renovó como sencillo párroco de pueblo una parroquia venida a menos; Don Juan Bosco († 1888) fue un genio de la pastoral juvenil; y su amigo Don Luigi Orione († 1940) fue el primero en organizar la misión del extrarradio de Roma.

Tampoco faltan mujeres santas que en su época se comprometieron con la nueva evangelización: Hildegarda de Bingen († 1179) fue la primera monja en predicar en público en Maguncia, Wurzburg, Bamberg, Tréveris, Metz y Bonn; Catalina de Siena († 1380), aunque era muy joven e intervenir en público resultaba a la sazón insólito para una mujer, suplicó al papa que regresara de Aviñón a Roma. Ninguna de las dos se mordía la lengua. Y no podemos olvidar tampoco a la madre Teresa de Calcuta († 1997) como misionera del amor. Son solo unos cuantos ejemplos. Pero no es casualidad que mencionemos a tantos santos y santas como agentes de la nueva evangelización en sus respectivas épocas. La nueva evangelización necesita también hoy personas movidas por el Espíritu Santo y con marchamo de santidad. Pues la evangelización comenzó en Pentecostés y es alen-



tada permanentemente por el Espíritu de Pentecostés. La nueva evangelización puede ser, en último término, un nuevo Pentecostés. Lo decisivo es, pues, que atrapemos el fuego de Pentecostés e irradiemos entusiasmo pentecostal.

El nuevo Pentecostés no tiene por qué ser una pentecostal tempestad de fuego ni un estallido de entusiasmo masivo. Jesús compara el crecimiento del reino de Dios con una pizca de levadura que hace fermentar toda la masa (Mt 13,33). En otro pasaje equipara el reino de Dios con la más pequeña de todas las semillas, con un grano de mostaza. Este, pese a su insignificancia, al crecer se convierte en un gran árbol (Mt 13,31-32). La ley de la levadura y del grano de mostaza puede infundirnos ánimo. A lo largo de la historia de la Iglesia, los movimientos de renovación nunca han comenzado por la masa, sino siempre por individuos concretos y grupos pequeños que se han dejado mover por el Espíritu, se han convertido y renovado y luego han hecho un llamamiento generalizado a la conversión y la renovación. Justo eso es lo que hoy necesitamos. De ahí la frase con la que quiero terminar: en la actualidad, la nueva evangelización no es un desafío pastoral, teológico y espiritual más, sino el desafío pastoral, teológico y espiritual por excelencia. Todos estamos invitados a afrontarlo, cada cual a su manera.